

Al salir de la hostería, Cocardasse y Felipe tomaron la dirección del campamento.

La atmósfera se volvió límpida, y numerosas estrellas cubrían el firmamento.

— Permítame que le felicite — dijo el veterano, por el modo con que ha trabajado contra esos de la cabeza cuadrada.

Era maravilloso el verle atravesarles la piel, y me recordaba usted enteramente á mi Pequeño Parisiense Lagardère... sabe usted, el hombre con quien estuvimos en otro tiempo Passepoil y yo.

— Sí, ya lo sé; pero su comparación es exagerada.

Según me ha contado Amable, ese Lagardère era extraordinario; parece ser que nadie se le resistía y que se libraba en seguida de cuantos querían atacarle.

— De todos modos, esos alemanes no han tenido

tiempo de reírse mucho, antes de morir. Creo que el mismo Lagardère no hubiera trabajado mejor.

Le felicito una vez más.

Y, tocando su espada, añadió :

— En adelante, querida Petronila, tienes un nuevo modelo, porque Buena Espada, vale tanto como Lagardère.

— ¡Bueno! — dijo alegremente el joven, — soy un segundo Lagardère, ya que usted se empeña...

Pero, admitido esto, ¿quiere que le cuente mi historia, de la que apenas empecé las primeras palabras, cuando fuimos asaltados?

— Iba á suplicárselo; pues ahora me ha de parecer mucho más interesante.

Como en el relato que sigue, el joven sargento, por no ofender su modestia, omitió hechos que hablaban muy en su favor, vamos á sustituirle en la narración, para que nada pase en silencio.

Todo lo lejos á que se remontaba Felipe en sus recuerdos, es decir, en sus recuerdos precisos — por la continuación se verá á qué obedece esta restricción — se veía en una pobre cabaña situada á orillas del mar, la cual constituía la última vivienda de un pequeño arrabal que más tarde supo él que se llamaba Saint-Valery de Caux, en las costas normandas.

Dicha cabaña pertenecía á un viejo matrimonio de pescadores á quienes llamaban el tío y la tía Moutier.

Felipe tenía de tres años á tres años y medio.

Los dos ancianos, á quienes llamaba papá Juan y mamá Magdalena, eran excelente personas que le demos-

traban gran cariño, y por mucho tiempo creyó él que eran sus padres.

Tenía por compañía una niñita próximamente de su misma edad, nieta de los ancianos, que era hija de un hijo de éstos, ya difunto.

Llamábase Marina.

Como la pobrecita perdiera á sus padres, fué recogida por el matrimonio, quien hacía todo lo posible para reemplazar á los que le faltaban.

Marina y Felipe eran amigos inseparables, y aunque la amistad de la primera debía cambiarse, como se verá más adelante, en un sentimiento más tierno, el segundo la debía amar siempre como á una hermana querida.

Hasta la edad de diez años, los dos niños vivieron felices sin el menor disgusto.

Pero, poco después de cumplir los diez años, una conversación que Felipe sorprendió entre el tío y la tía Moutier y la revelación de hechos que le concernían, turbaron profundamente su sosiego y le abrieron horizontes que antes no sospechaba.

He aquí lo que acaeció :

Una tarde de septiembre, para dar gusto á los dos ancianos, dijoles el niño que iba á coger algunas docenas de ostras á un banco que se hallaba á legua y media de la cabaña, y que, por lo tanto, regresaría de noche.

Dispúsose el joven á hacer su pesca, cuando, á mitad de camino, fué detenido por un espectáculo singular que se producía al aire libre en una roca cubierta de algas.

Allí se peleaban un enorme cangrejo de mar y una langosta de buena clase.

Aunque Felipe era demasiado serio para su edad, interesóse por aquel duelo épico y permaneció un momento contemplando tan particular batalla.

Sin embargo, pensando que los dos crustáceos podrían mutilarse mutuamente, intervino para ponerlos en paz. Primero, echó la langosta al fondo de su cesta, y luego colgó de ésta, por fuera, el cangrejo, á fin de que no comenzasen las hostilidades á puerta cerrada.

Felipe no daba á su hallazgo más importancia de la que tenía, y, no obstante, sin que él lo sospechase, aquella doble captura, que le impidió el llegar hasta el banco de ostras, debía ser causa y punto de partida de una serie de descubrimientos muy importantes para él.

Muy orgulloso, tomó el camino de la choza, pensando, con razón, que á los viejos agradaría más aquel botín que algunas docenas de moluscos.

Al regresar el niño, los Moutier no habían vuelto aún de la aldea.

Como no sabía lo que hacer, mientras los esperaba, colocó su pesca en sitio seguro y tumbóse en el fondo de una lancha encallada que servía al tío Moutier para guardar sus útiles de pesca.

Allí permaneció pensativo contemplando las nubes.

Pero como ese pasatiempo no era muy recreativo, fueron cerrándosele poco á poco los párpados. Y dormido hubiera permanecido hasta muy entrada la noche, á no ser por unas voces que, saliendo del mismo sitio en que se encontraba, sacáronle de su sueño.

Abrió los ojos y observó con sorpresa que era ya de noche.

Escuchó las voces y no le costó gran trabajo reconocer en ellas la del pescador y la de su mujer.

En aquel momento, decía la tía Moutier :

— Es raro que no haya vuelto aún.

— Si es raro. Y no me explico la causa de su retraso — decía el marido. — ¡Con tal de que no haya cometido alguna imprudencia!

— No me asustes Juan ; el banco donde ha ido no es peligroso.

— No ; al menos para las personas mayores. Pero, los niños son muy poco previsores.

Callaron.

Felipe iba á saltar fuera de su escondite y á hacer cesar la inquietud de las pobres gentes, cuando Magdalena reanudó la conversación y le vinieron al niño muchas ganas de escuchar.

Para oír mejor, levantóse despacito' asomando la cabeza por la borda, lo que le permitió ver á los dos ancianos sentados en la arena y recostados contra la barca.

— ¡Pobre niño! — continuó la tía Moutier — ¡sería triste que le hubiera ocurrido algo... después del terrible peligro de que escapó hace siete años!

— ¡Oh sí! sería muy triste, porque, aunque no es hijo nuestro, le queremos tanto como si realmente lo fuera.

— ¡Y pensar que no sabemos nada de él!...

— Y que probablemente nunca sabremos nada, pues el *Inglés* no nos dijo más que el nombre « Felipe ».

El curiosillo quedó tan turbado al oír esas palabras que, involuntariamente, descubrió por un movimiento su presencia.

— ¡Cómo! ¿Estabas ahí? — preguntó el tío Moutier al verle. — ¡Y nosotros que estábamos tan inquietos!

Después, sobrecogido por un pensamiento, añadió :

— ¿Luego has oído?

Demasiado emocionado para poder hablar, el muchacho hizo una seña afirmativa.

Los dos ancianos consultáronse con la mirada, y como turbados.

— ¡Bueno! — continuó el tío Moutier; — puesto que, sin querer, te has enterado de un secreto que no pensábamos revelarte aún, vas á saberlo todo. Tarde ó temprano lo habías de conocer...

Entremos.

Ya una vez dentro de la cabaña, el anciano continuó.

« Hace siete años, poco más ó menos, una noche de noviembre, desencadenóse en nuestras costas horrible tempestad, como no se había visto hacia muchos años.

« Por fortuna, habíase previsto, y ningún pescador de Saint-Valery se hizo á la mar.

« Magdalena y yo, como todo el mundo, nos encerramos en nuestra casa.

« Pero nuestra cabaña estaba más cerca del mar que las de los otros pescadores.

« Hacía ya dos horas que duraba la tormenta, cuando, de repente, creímos oír gritos, llamadas desesperadas. Al principio, nos figuramos que nos equivocábamos. ¿Quién hubiera sido tan audaz para desafiar

aquella tempestad? Sabíamos que no podía ser nadie del pueblo. Por otra parte, como Saint-Valery no es puerto, no podíamos suponer que algún barco intentase refugiarse aquí.

« Mientras mi mujer y yo nos mirábamos ansiosos, oímos más gritos, tan agudos, que entonces no tuvimos ya duda de que alguno de nuestros semejantes corría grave peligro.

« Entonces, sin vacilar, me acerqué al mar, escrutándolo cuan lejos podía abarcar mi vista.

« Magdalena me acompañó, agarrándose á mí, pues era tal la violencia del viento que, aun unidos, costábanos gran trabajo sostenernos.

« Yo no veía nada, lo cual no es extraño, pues la noche era oscurísima.

« Además, las llamadas habían cesado por completo.

« De repente, una ola enorme, como un castillo, llegó hasta nosotros con vertiginosa velocidad, y antes de que pudiéramos huir de ella, nos envolvió y arrasó por el suelo, con tal impetu, que quedamos medio aturdidos.

« Al mismo tiempo oíase un horrible crujido á poca distancia.

« Cuando conseguimos levantarnos, miramos hacia el lugar en que se había producido aquel crujido y entonces, con gran estupefacción, vimos una lancha virada y destrozada por el choque que acababa de sufrir contra las piedras.

« Corrimos á ella, y, entre sus restos, descubrimos

á un hombre que tenía á un niño estrechado contra sí.

« Ambos estaban desmayados.

« Tras numerosos esfuerzos conseguimos sacarlos de la barca y llevarlos á nuestra cabaña.

« Magdalena se dedicó al niño y yo me cuidé del hombre.

« El primero fué quien antes volvió en sí.

« Así que abrió los ojos, buscó instintivamente refugio en los brazos de mi mujer, lanzando gemidos de espanto.

» Por una milagrosa casualidad, no tenía sino ligeras contusiones y en seguida nos tranquilizamos en cuanto á él.

« El hombre, por el contrario, estaba lleno de heridas espantosas, producidas por la ruptura de las tablas de la lancha.

« Su cabeza manaba sangre, y tenía el pecho abierto por varias partes, por astillas de madera que se le quedaron incrustadas.

« Inmediatamente vi que no había esperanzas de salvarlo.

« Lo cual, como puedes suponer, no me impidió darle toda clase de cuidados.

« Dos horas tardó en recobrar el conocimiento.

— Y el *boy*... dónde está el *boy*? — preguntó con marcado acento de ultra Mancha, así que pudo hablar.

« — Está aquí, á su lado, sano y salvo, — le contesté, comprendiendo que hablaba del niño.

« Y usted mismo no corre ya peligro, — añadí, esperando ocultarle su estado.

« — ¡ Ah !... vive... gracias... gracias... — exclamó. — Ahora puedo morir tranquilo !

« — No; no morirá usted — le dije; — le cuidaremos, y curarán sus heridas.

« — Sí, sí... voy á morir... lo noto... lo sé; pero antes, debéis saber el nombre del *boy*... Se llama Felipe... Felipe...

« Repitió dos veces ese nombre, pareciendo buscar otro en su memoria.

— ¿ Felipe qué?... — le pregunté, procurando ayudarle.

« ¿ Es hijo suyo?

« Él dejó ver desesperada sonrisa.

« *No*, no es mío... Es hijo de... espere... hijo de...

« La crispación de sus facciones me indicaba los esfuerzos que hacía para acordarse.

« Evidentemente debía de tener alguna lesión en el cerebro, y le escapaba el apellido del padre del niño.

« Por fin, comprendiendo que no podría acordarse, puso la mano en su jubón, diciendo :

« — Ahí están... los documentos... del *boby*...

« — Bueno, bueno — le contesté — No se preocupe; si tiene usted documentos referentes al niño, ya encontraremos en ellos su apellido.

« Esas palabras parecieron tranquilizarle, y desde entonces guardó silencio.

« Con objeto de aliviarle, traté de retirar algunas de las astillas que tenía clavadas en la carne. Al principio, lo conseguí bastante fácilmente, y noté con satisfacción

que á cada una que yo extraía, se pintaba en sus facciones cierta expresión de bienestar.

« Pero, al querer sacar una que me costaba grandes esfuerzos, vi que, de repente, se irguió el desgraciado, echóse rápidamente las manos al cuello; y luego, casi en seguida, volvió á caer pesadamente hacia atrás, arrojando por la boca una oleada de sangre negra que llegó hasta mí.

« Se había acabado; con esa sangre se escapó su vida, y, después de una última convulsión que le sacudió de pies á cabeza, se quedó inmóvil para siempre.

« Cuando Magdalena y yo dominamos la emoción que nos causó su muerte, buscamos en sus vestidos los documentos de que nos había hablado; pero nada encontramos.

« Creyendo, entonces, que tal vez hubieran caído á la lancha, á causa de las sacudidas que el infortunado sufrió por la tempestad, resolvimos reconocerla bien, en cuanto apuntase el día. Y así lo hicimos, á primera hora.

« Mas ¡ ay ! nada conseguimos. Á pesar de todo el cuidado con que registramos el bote no descubrimos absolutamente nada.

« Por la mañana fui á hacer una declaración á las autoridades de Saint-Valery y conté exactamente lo acaecido por la noche.

« Vinieron á mi cabaña, se hicieron nuevas indagaciones; pero sin resultado alguno. Todo fué inútil, y el misterio que rodeaba á tan triste drama quedó sin aclarar.

« Se enterró al difunto como « desconocido ».

« En cuanto al pequeño, como yo manifestase deseos de conservarlo, me lo dejaron.

« Y he ahí, querido Felipe, cómo estás con nosotros hace siete años. Porque, habrás adivinado, que el hijo de la tempestad, eres tú.

« No sabemos, pues, quién eres, y probablemente, nunca lo sabremos, pues el que llamamos el *Inglés*, murió sin poder hablar.

« Si tu instrucción ha sido más esmerada que la de Marina, lo debes al buen párroco de Saint-Valery que, reconociendo en ti un ser menos tosco que nosotros, se constituyó gratuitamente profesor tuyo.

« Ahora, si quieres ver la barca en que aportaste aquí, es esa que está ahí, encallada, en la playa, y que yo he arreglado un poco; no sirve para nada, á no ser para poner, como sabes, mis redes y útiles de pesca.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

EN CASA DE PASSEPOIL

El relato del padre Moutier causó á Felipe inexplicable emoción.

No hubiera podido éste definir exactamente lo que sentía. Era una especie de sorda agonía que le ahogaba, como un vacío que acababa de producirse en él.

De modo, que los dos ancianos á quienes creía ser sus padres, le eran totalmente extraños, desde el punto de vista de los lazos de la sangre.

¿ Quiénes eran, pues, sus padres ?

Esta cuestión tuvo por consecuencia remontarlo á lo pasado, en el que nunca pensó, y en seguida produjéronse en su mente imágenes confusas relativas á una existencia muy diferente de la que hasta entonces llevaba.

Pero por más que reflexionase y que torturase su imaginación no conseguía precisar el menor contorno

de dichas imágenes. Eran impresiones fugitivas que nacían y morían instantáneamente, sin dejar la menor huella.

Y esto le producía tal cansancio, que corría el sudor por su frente.

— Vamos — dijo el tío Moutier, al ver el trabajo cerebral á que se entregaba el niño, — no violentes de ese modo tu memoria. Si ahora es rebelde, tal vez te dé luego indicios suficientes para que puedas reconstituir parte de tu primera infancia. Acuéstate, y trata de descansar, que parece lo necesitas...

En la cama, acudieron otras imágenes para turbar el sueño del niño.

Pensaba en el buen sacerdote que se había encargado de su educación. Veía otra vez el locutorio del presbiterio — su sala de estudios, — y, en la pared, colgada ante él una grande y reluciente espada.

Era ésta el último recuerdo mundano del sacerdote, que había servido al rey como capitán de cazadores de Conti y no se había hecho soldado de Dios sino después de perder el brazo izquierdo en el campo de batalla.

Sin saber por qué, si comprender el móvil que le impulsaba, el niño arrojado una noche de tempestad á las costas normandas, seguía á gusto las lecciones del cura, solamente porque experimentaba cierto estremecimiento de alegría al ver relucir aquella espada.

Y hasta, varias veces, suplicó al profesor que le enseñase el manejo de ella, á lo cual siempre se negó, riendo, el clérigo.

Á partir de la noche de la revelación, no fué ya la misma la vida de Felipe, y consideró éste todas las cosas bajo nuevo aspecto.

No podríamos decir que en su corazón entrase el orgullo; pero, sin embargo, figurábase no haber nacido para pescador.

No por eso dejaba de tener gran cariño á sus padres adoptivos; mas no era el mismo que antes; había cambiado de aspecto.

Ya que no podía quererlos como á los autores de sus días, les quería por la ternura y los cuidados de que le rodearon constantemente... y las pobres gentes, no se enteraron de la diferencia.

El tiempo pasaba.

Desde que conoció la historia de la barca zozobrada, Felipe solía pasarse, al tiempo que trabajaba, una ó dos horas pensando en los acontecimientos de que le había hablado el pescador.

Una mañana que se hallaba remendando redes, se le escapó la lanzadera de las manos y, á causa de un movimiento que hizo para recogerla, penetró el instrumento en una pequeña hendidura formada por la separación de la carlinga y la quilla.

Quiso recogerla; pero hallábase tan bien encerrada en su prisión, que comprendió que sólo podría sacarla ensanchando ésta.

Armóse de un madero que utilizó á modo de cuña, golpeándolo con una piedra. La operación salió bien, y el pequeño trabajador entró en posesión de su lanzadera que cayó por la parte inferior de la abertura.

Pero no cayó sola, sino que con ella se deslizó un papel doblado en cuatro.

El niño lo recogió maquinalmente y lo abrió.

Fuera de una firma colocada abajo, y tan borrada y roída por el agua del mar ó del cielo, que ya no se distinguía, el papel estaba limpio de toda escritura.

Recordando los documentos de que, antes de morir, había hablado el *Inglés*, su compañero de naufragio, documentos que no pudieron encontrarse, á pesar de las minuciosa inspección operada en la barca; corrió Felipe á llevar su hallazgo al tío Moutier, explicándole su procedencia.

El viejo pescador volvió y revolvió la hoja en todos sentidos, examinándola con atención, y, lo mismo que el que la había encontrado, no vió más que la firma en cuestión, y se la devolvió diciendo que aquello no era sino un papelucho sin valor, traído sin duda por el viento, y que podía romperlo ó tirarlo sin cuidado alguno.

El muchacho, algo desconcertado, regresó á la playa, arrugó el papel, lo lanzó al mar, y emprendió de nuevo su trabajo sin volverse á preocupar.

Á las doce del mediodía, salió de la lancha para ir á almorzar. De repente, sus ojos fueron atraídos por el papel, que las olas habían devuelto á la arena y que la brisa empujaba suavemente hacia él.

— Ya que la casualidad me lo envía, — pensó — me parece que debo guardarlo.

Y convencido por ese razonamiento, lo recogió de nuevo y, al entrar en la cabaña, lo guardó con sus

ropas, sin decir nada al tío Moutier, por miedo á que se burlase de él...

Por una especie de instinto, más bien que por convicción, tenía que conservarlo siempre.

Cinco años después, murieron uno tras otro el tío y la tía Moutier, dejando á Marina y á Felipe absolutamente solos en el mundo.

Inmensa fué la pena de los dos niños, y, por espacio de varios días, permanecieron ambos en una postración que parecía idiotismo.

Felipe fué el primero en reponerse y pensó en lo que en lo sucesivo podrían hacer.

Consultó con Marina.

La chiquilla, que no tenía idea alguna, quiso someterse por completo á su compañero para arreglar su común existencia, lo cual era dura tarea para el niño.

No obstante, confiando en su buena suerte y en su fuerza, y comprendiendo que debía ayuda y protección á Marina, aceptó Felipe.

— Pues bien, hermanita — le dijo después de haber reflexionado detenidamente: — ¿sabes lo que creo que más nos conviene ahora que nada nos retiene en este pueblo? Pues ir á buscar una posición á París.

— ¡Á París!

— Sí, á París, donde, cuando se quiere, se puede, según he oído, ganar bien la vida.

Hablaba, por supuesto, con sincera convicción, porque á menudo había oído ponderar, á los pescadores de la costa, ¡ay! tan ignorantes como él, los recursos que la capital ofrece á aquellos á quienes no asusta el

trabajo, y no dudaba de que Marina y él encontrarían allí algún empleo por modesto que fuese.

Sin embargo, estaba muy lejos de pensar que dicha posición se presentase por sí misma á ellos, como va á verse.

Marina vacilaba un poco, pues le producía honda pena abandonar aquel terruño donde reposaban sus abuelos.

— ¿Pero, qué será de nosotros aquí? — le dijo, para decidirla, el á quien ella se había acostumbrado á llamar su hermano. — Yo, ya sabes que nunca he tenido gran afición al oficio de pescador, y papá Moutier se encolezaba á menudo porque yo lo practicaba todo lo mal posible... aunque sin tener mala voluntad. Pero ese oficio nada me decía, y aun me dice menos hoy. Por lo tanto, no ganaría con qué proporcionarnos un poco de pan.

En cuanto á ti, querida mía, eres muy lista para la costura, para hacer una porción de labores femeninas; pero, por desgracia, en Saint-Valery, cada cual trabaja para sí, y, en consecuencia, no conseguirías trabajar lucrativamente. Mientras que, en París...

Y con arrebatadora elocuencia, expuso razones tan decisivas para demostrar la necesidad en que estaban de ir á la gran ciudad, que la niña consintió sin más resistencia.

Por cien escudos cedieron á un pescador vecino la cabaña y todos los accesorios de pesca del tío Moutier, quedándose sólo con algunos objetos como recuerdo de sus padres adoptivos. Y, poco después, una mañana, tomaron un coche que, tres días más tarde, los dejaba en uno de los barrios de la capital.

Como no tenían preferencia alguna, ni habían determinado nada, y no sabían adónde dirigir sus pasos, los dos niños empezaron á caminar en línea recta ante sí, dejando al azar que los condujese á donde bien le pareciera.

No haría aún dos horas que paseaban de calle en calle, de encrucijada en encrucijada, con los ojos deslumbrados por cuantos esplendores veían, cuando llegaron á orillas del Sena, punto en que atrajo su atención una docena de pilluelos que estaban desnudando á otro á pesar de la enérgica resistencia que éste les oponía.

Sin saber de lo que se trataba, no quiso al principio intervenir Felipe, si bien le parecía cobarde atacar varios á uno solo.

Pero al ver que los chiquillos empujaban á su víctima hacia el río, con la evidente intención de arrojarlo al agua, sintióse completamente soliviantado, hizo á Marina una señal para que lo esperase, y acercóse á los atormentadores, para impedir su acto de crueldad.

— Vamos á ver — dijo, tratando de interponerse, — ¿que ha hecho este muchacho para que le tratéis de ese modo?

— Nos ha robado — repuso un chiquillo — Jugábamos á cara ó cruz, y se arreglaba de modo que las monedas cayesen siempre de cara para ganar él.

— ¿Y por eso le queréis ahogar? — dijo con indignación el recién llegado.

— ¡Ahogar! ¡Oh, no! Él sabe nadar; pero le haremos tragar agua, para que aprenda.

Este modo de corregirle pareció algo exagerado á Felipe, y continuó :

— Vuestra venganza es excesiva para la falta cometida, y no quiero que la llevéis á cabo. Ya le habéis infligido humillante castigo, así es que ahora podéis dejarlo.

— ¿ En qué se mete usted, muñeco? — le preguntó con insolencia uno de los otros pilletes, que parecía ser el jefe de la banda; — hacemos lo que nos viene en gana, y á usted nada le importa. Siga, pues, su camino, si no quiere que le hagamos otro tanto, así como también á la chicuela que ha dejado allí.

Ante tan grosero apóstrofe, enfurecióse Felipe, é iba á contestar con un vigoroso porrazo, cuando oyó un grito de angustia y el ruido de un cuerpo que caía al agua.

Era el tramposillo, á quien sus verdugos acababan de arrojar al Sena.

Si el pobre muchacho sabía nadar, lo sabía hacer muy mal, porque, en el desesperado modo de moverse, no había duda del gran peligro que corría.

Abandonando entonces á su antagonista, el compañero de Marina lanzóse, sin titubear, al socorro de la víctima.

Lo hizo á tiempo : la cabeza del pilleto que de tal manera tomaba un baño forzado sólo aparecía á medias, y la asfixia empezaba.

Felipe lo cogió por los cabellos, que tenía muy largos, y nadó hacia una lancha amarrada al muelle.

Llegado á la embarcación, el joven salvador pasó la

pena negra para hacer subir á ella á la víctima de la banda, que se ayudaba muy poco. Sin embargo, lo consiguió, y, después de algunos cuidados que pudo prodigarle, tuvo el gusto de verlo reponerse de la terrible alarma.

Después de darle el otro las gracias, Felipe fué en busca de los vestidos del tramposo, al que sólo habían dejado la camisa.

Los pilluelos, comprendiendo que por poco cometen un crimen, no aguardaron el fin del salvamento para escapar.

Felipe, así que vió ya vestido á su hombrecillo, le estrechó la mano, y quiso continuar su camino.

Pero el otro se oponía.

— Está usted muy mojado, — le dijo — y no puede quedarse así ; venga á mi casa, y mi padre le dará otros vestidos, en tanto se secan los suyos.

El caso es que el buen Felipe más semejaba un tritón que un ser humano, y parecíale mal empezar sus paseos por París en ese estado.

No obstante, como no podía abandonar á su hermanita, aunque solo fuese una hora, disculpóse cortésmente declarando el motivo de su negativa, y señalando á Marina, que le aguardaba á unos treinta pasos de allí.

— ¡ Que venga con nosotros ! — exclamó el pequeño.

— ¿ No desagradará á su padre? — insistió Felipe, temiendo ser demasiado atrevido.

— ¡ De ningún modo ! vengan, vengan los dos.

Tanta insistencia decidió al hermano de Marina, el

cual, acompañado por ésta, siguió al otro á casa de su padre.

Este último, al saber del apuro que el recién llegado hubo salvado á su hijo, le dió gracias calurosamente y le preguntó cómo podría corresponder con él.

— Su agradecimiento es suficiente recompensa, y no deseo nada más — respondió el hijo adoptivo de los Moutier.

Semejante respuesta pareció agradar á aquel á quien se dirigía.

— Amigo mío — dijo el dueño de la casa, examinando á Felipe con una atención tan profunda que podía hacer creer que no le era desconocido su rostro; — me dice mi hijo que usted y esa niña vienen á probar fortuna á París.

Vamos, acérquese á la chimenea, y mientras se le seca la ropa cuénteme la historia de los dos.

El joven no se hizo rogar, y dijo cuanto sabía de él y de su hermanita, hasta la entrada en la capital.

El buen hombre le escuchó sin interrumpirle, continuando observándole con insistencia un tanto extraña.

— Es raro — murmuró aparte, cuando se calló su interlocutor; — ¡ni familia, ni pueblo ni apellido!... ¡Y, sin embargo, esa cara no me es desconocida!

Recogióse como para registrar su memoria, pero sin poder conseguir fijar ese parecido que le chocaba, y, por fin, decidióse á decir en voz alta:

— ¡Pues bien, muchacho! Si quiere, quédese en mi casa, donde conseguirá crearse una posición. Me llamo Amable Passepoil, y soy maestro de esgrima. En un

año, á menos que sea usted de notoria incapacidad, me comprometo á hacer de usted una buena espada, y, más adelante, un buen profesor.

Entonces, cuando se halle en posición de abrir una academia, tendrá el porvenir asegurado, pues nuestro oficio produce mucho y nunca falta trabajo.

Ninguna proposición podía agradar á Felipe tanto como esa.

Estaba loco de satisfacción y miraba admirado, no sólo la espada de su antigua sala de estudios en el presbiterio, sino también numerosas tizonas y finas hojas de sable que adornaban las paredes de la casa en que le ofrecían hospitalidad.

Pero, como no era egoísta, lo primero que le ocurrió fué decir:

— ¿Y Marina? ¿Qué será de ella sin mí?

— ¿Qué sabe hacer esa niña? — preguntó el huésped.

— Sabe coser admirablemente, y es muy ducha en labores de ropa blanca.

— En ese caso, no se separarán ustedes. Maturina, mi mujer, necesita precisamente una obrera para ordenar y zurzir su ropa, y la tomará á su servicio.

Á su vez, confundíase Felipe en dar las gracias; pero el antiguo ayudante de Cocardasse le detuvo, diciéndole que era él quien le estaba agradecido, y que se enfadaría si de nuevo oía hablar de agradecimiento.

Marina y su protector tomaron pues residencia en el hogar de Passepoil, contentísimos con hallar un techo hospitalario cuando se creían en completo aislamiento.

La niña, por su asiduidad en el trabajo, agradó en

seguida á la señora de la casa, quien, no obstante, era una mujer de carácter fuerte y ante la que todo el mundo temblaba, incluso su marido.

En cuanto á Felipe, pronto supo captarse la amistad de éste, por el celo con que estudiaba esgrima.

Durante los primeros días, el maestro continuó mirando á su discípulo con la misma insistencia que en la primera entrevista. Luego, cansado sin duda de no encontrarlo que buscaba, abandonó la lucha y dejó dormir su recuerdo rebelde.

Bonifacio, su hijo, ya buen tirador, fué quien dió las primeras lecciones al nuevo discípulo.

Parece ser que Felipe tenía grandes disposiciones, porque, al cabo de pocos meses, el hijo de Passepoil no tenía nada que enseñarle; y fueron tan rápidos sus progresos que, antes del fin del año, excediendo á su profesor, era capaz de hacer frente á tiradores que llevaban tres y aun cuatro años de esgrima.

Verdad es que de la mañana á la noche, no dejaba la espada de la mano, estudiando sin tregua y no deteniéndose ante ninguna dificultad.

Maravillado Passepoil de sus disposiciones y viendo que realmente podía hacer de él un profesor, le reveló las finezas, las argucias más secretas de su arte, que el joven apenas había sospechado.

Y así es como, entre otras estocadas muy sabias, aprendió la de Nevers, de la que hemos visto que dió una muestra á Cocardasse.

Resultó de ahí que pronto corrió su nombre por París, y que muchos tiradores consumados acudieron

á desafiarle, negándose á creer que un chiquillo de diez y seis años fuera de su talla.

Pero los sucesivos triunfos que llevó contra todos los campeones presentados demostraron á cada uno de ellos que si la fama consentía en cuidarse de su persona, tal vez tenía razón en hacerlo.

Y, á partir de aquella época, diéronle el sobrenombre de Buena Espada que, desde entonces, sirvió más que su verdadero nombre para designarle.